

Sintonia

Circulación irresponsable

Cuando ya parece haberse desvanecido el insólito clima hasta ahora admitido a regañadientes por su testarudez, y en su lugar va perfilándose la luz de un ansiado y caluroso verano, igualmente se perfila en el clima urbano de nuestra ciudad, poco a poco, la visión también terca de una circulación irresponsable.

Quizá sería mejor llamarla inocente si se quisiera tener en cuenta los pocos años; la edad temprana, de quienes intervienen en dicha circulación. Pero al llamarla irresponsable, parece traslucirse ya la obligación que pesa sobre quienes deben velar por estos seres de menor edad, que a fontas y a locas exponen sus frágiles vidas a cualquier imprevisto accidente de circulación en nuestras calles.

Ya se habrá adivinado a quienes queremos referirnos. A estos jóvenes, muchachos y muchachas, que montados en bicicletas circulan por nuestras ramblas y calles como si tal cosa. Empiezan a surgir cuando empiezan las vacaciones de junio, y proceden de aquellas familias que no se han dado cuenta, todavía, que San Feliu no es la ciudad de las colonias veraniegas, sino la urbe de un intenso tránsito turístico.

No quiere ser esto un reproche. Pero si una llamada al buen sentido y cordura, que no tiende a ser otra cosa que una señal roja de peligro para esta circulación digámosla, pues, inocente.

Ómnibus

SAN FELIU DE GUIXOLS 6 DE JUNIO 1957 - NÚM. 487 - AÑO IX



En esta crónica semanal solemos destacar aquellos hechos que por su naturaleza o por su cercanía afectan más directamente a nuestra ciudad.

Ello no obstante, y en aras de este mismo servicio, nos hacemos eco a menudo de noticias y anécdotas provenientes de otras latitudes, ya por su trascendencia universal, ya porqué a pesar de no estar directamente vinculadas a nuestro cotidiano vivir ofrecen un interés social lo bastante importante para merecer sean registrados en las páginas de un periódico comarcal.

Ahora mismo se ha producido un acontecimiento, no muy lejos de aquí, que en nada perturbará la marcha natural de la historia (de la pequeña historia, se entiende), ni en el mismo lugar donde se ha producido, pero que por su significado no deja de representar una lección de como cambia el grado de importancia de las cosas a través del tiempo.

Nos referimos a la desaparición del tren Cremallera de Montserrat, vehículo popularísimo durante más de medio siglo entre los romeros visitantes de la Montaña Santa, y que dejó de funcionar definitivamente el día 12 del corriente mes según disposición de los dirigentes de la Compañía.

¿Motivos de determinación tan extrema? Bien obvios para quien haya tenido ocasión de presenciar las escasas actividades del desaparecido tren durante los últimos años. Los usuarios del mismo habían llegado a ser tan pocos que ya sólo funcionaba en atención al cumplimiento de los servicios ofrecidos al público por la Compañía el año 1892, y que se han sostenido hasta que el público —aquel mismo público para el cual había sido de tan-

ta utilidad— lo ha abandonado por anticuado y por disponer de unos medios de transporte más rápidos y, sobre todo, más conformes con las conveniencias del vivir actual.

El cremallera de Montserrat ha muerto. Y con él ha desaparecido también una de las estampas más típicas recordadas por los miles y miles de peregrinos que durante el presente siglo han acudido a rendir culto a la «Moreneta».

Triste destino el de los pequeños trenes, los llamados de vía estrecha. Su vida va siendo cada día más precaria. Algunos ya han pasado a mejor vida y los pocos que todavía coleean por los predios comarcales empeñándose en su oficio de enlazar villas y aldeas ven amenazada su existencia por el auge cada día mayor del transporte por carretera. El motor de explosión ha vencido al de vapor así como antes éste había arrinconado a los vehículos de tracción animal.

Verdad que los grandes trenes también han sufrido los efectos de ese cambio en materia de transportes. Pero ellos económicamente poderosos, luchan para sostenerse en la competencia, y se renuevan, se modernizan, y en ciertas líneas hay visos de que pueden llegar a conservar la «cinta azul» en cuanto a velocidad y comodidades.

Es la ley del más fuerte a la que, quíerese o no, está sometido todo cuanto a lo que a economía se refiere...

Pero volviendo al tema de esta «hora presente», lo cierto es que el Cremallera de Montserrat ha desaparecido, como lo hicieron otros congéneres suyos de la gran familia de las comunicaciones. Los que aún subsisten no se les presenta un porvenir muy halagüeño.

A no ser que para esta clase de organismos mecánicos exista un elixir rejuvenecedor, una especie de «jalea real» capaz de retornarlos por los fueros de la modernidad.

El remedio estamos convencidos que existe. Lo difícil es procurarse su coste, ya que se trata de muchos millones ¡Y a veces van esos tan escasos!